

Sachsenhausen y Ravensbrück se hallaban muy cerca de Berlín. En el primero de ellos estuvo preso Bernhard Lichtenberg, canónigo de la catedral que murió de inanición, en su traslado al de Dachau. Su entierro fue presidido por von Preysing (1943). Años más tarde fue beatificado por Juan Pablo II, en el estadio olímpico de la ciudad (1996). De otra parte son reveladores los contactos que estableció con el «círculo de Kreisau», formado por resistentes al nazismo, en donde se fraguó el atentado frustrado contra Hitler (1944). Finalmente, su resistencia ante la nueva dictadura comunista. Todo ello está contado en estilo suelto y con amplia perspectiva histórica.

En varias ocasiones, la conferencia episcopal alemana ha pedido públicamente perdón por la conducta de su Iglesia durante la dictadura nazi (1975, 1988 y 1995). La presente obra ayudará no sólo a comprender la magnitud del problema. Muchas de las decisiones e indecisiones de E. Pacelli, tanto de secretario de Estado de Pío XI, como de Sumo Pontífice, estuvieron condicionadas por la división interna del episcopado alemán. Sin embargo, entre las excepciones a que también aluden esos documentos está la figura intachable de Konrad von Preysing.—MANUEL ALCALÁ.

V. CÁRCEL ORTÍ, *Buio sull'altare. 1931-1939: la persecuzione della Chiesa in Spagna*, Roma, Città Nuova Editrice, 1999, 197 pp., ISBN 88-311-0328-8.

En una primera lectura llaman poderosamente la atención dos realidades que acompañan a este libro, pequeño en extensión en sí y mucho más si se compara con otras obras más voluminosas del mismo autor. Por un lado, la realidad de que el libro se publica en Italia. No es traducción de una publicación española. Escrito en español, se ha traducido allí, donde vive el autor desde hace más de treinta años. Esto prueba, parece, que el tema de la persecución a la Iglesia en España en la década de los treinta del siglo xx interesa más allá de nuestras fronteras. Por otra parte, el libro, en su brevedad, aparenta ser una obra de divulgación. En parte lo es. Recoge muchos estudios sectoriales de V. Cárcel sobre este tema y esta época, que se elencan en las pp. 17-20. Pero es bastante más que esto por la cantidad de testimonios que maneja, los escritos que cita y los documentos que comenta.

El libro se abre con unas precisiones iniciales acerca del sentido de la persecución religiosa en la España de estos años. Confrontando opiniones encontradas de historiadores no sólo se hace patente la diversidad de valoraciones de unos mismos hechos. También la confusión conceptual reinante a veces incluso en quienes mantienen una posición semejante ante aquellos sucesos. Mons. Cárcel defiende con razón que hay que distinguir entre «caídos en la guerra», «víctimas de la represión» y «mártires de la fe». Trata en el libro de estos últimos. No se ocupa sólo de las víctimas del tiempo de guerra, ya que incluye las persecuciones desde 1931, en especial, los martirios en la revolución de Asturias. Para el autor, lo ocurrido en estos años fue una persecución religiosa programada. No siempre desde el poder: los asesinados en 1934 murieron en una conspiración antigubernamental. Pero existió un talante preciso que inspiró todas estas muertes.

Citando a historiadores y literatos de tendencias múltiples —Ortega y Unamuno, Salvador de Madariaga y Claudio Sánchez Albornoz, Clarín y Coloma, Alarcón y Pé-

rez Galdós— y a testigos presenciales llega a la conclusión de que desde la izquierda republicana se pretendió acabar con la Iglesia. Más allá del anticlericalismo, lo que existió en la mente de Azaña y en la legislación republicana fue un antieclesialismo radical. Durante la revolución de Asturias y la guerra y en otros ámbitos de pensamiento, el motor de la persecución fue un ateísmo confesado, que para Unamuno reflejaba más bien la desesperación de quienes no podían creer.

Tras los dos capítulos introductorios, se estudian las distintas épocas de persecución, cada una con su carácter: la de los años prebélicos, la exasperada de los primeros meses de la guerra, el lento apaciguamiento a partir de 1937 y el rebrotar final en los últimos meses. Choca con la abundancia de testimonios y documentación —en su gran mayoría confesión de parte— el empeño en reducir la persecución a excesos aislados. Son también desmentidos por los hechos los deseos y decretos de Manuel Irujo, que no pudo lograr su anhelo de recuperar la libertad religiosa, como le hacía notar alguien tan poco sospechoso como Vidal i Barraquer. El último capítulo lo dedica a estudiar la respuesta de la Jerarquía de la Iglesia ante la persecución, especialmente la Carta Colectiva.

El prologuista anuncia que el autor no oculta sus ideas. Se atreve a desmontar afirmaciones sin base, pero con ancha audiencia. Citando a Irujo, Ministro republicano, afirma que la II República era fascista y se convirtió en un Estado absoluto. Hace ver con datos que la Carta Colectiva no aumentó los asesinatos de sacerdotes; más bien los disminuyó. Y que no sólo no llama «Cruzada» a la guerra, sino que expresamente lo niega. Aunque es obvio —Palacio Atard lo ha documentado— que esta calificación, antes que la Jerarquía, la utilizó el pueblo español de la zona franquista en las primeras semanas de la contienda. Sin entrar directamente a dilucidar si la Iglesia debe pedir perdón, busca explicaciones a esta persecución inigualada, reconoce las lacras del catolicismo español y pone de relieve sus méritos, además de esbozar razones más profundas de la actitud feroz que pretendió borrar todo rastro de la Iglesia y de Dios en España.

Entre algunos testimonios inesperados quiero citar la coincidencia de Gomá en su Pastoral de 1933 «Horas graves» con la afirmación de Azaña dos años antes: «España ha dejado de ser católica». A propósito de esto, el autor cita con razón el libro del redentorista Sarabia «España ¿es católica?», de 1939. Podía haber citado el del jesuita P. Peiró «El problema religioso-social de España», que, manteniendo la misma tesis, alcanzó dos ediciones en la primera mitad de 1936. En otro orden de cosas resulta curioso que se defina al *ABC* como republicano de izquierda, sin más explicaciones. El lector español sabrá que habla del diario incautado. No sé si el lector italiano lo percibirá.

El tema seguirá siendo debatido. No ayudan a clarificarlo ni los diputados que hablan de sublevación militar fascista contra una república democrática ni los documentos eclesiales que difuminan culpabilidades. La exposición sencilla de datos inequívocos sí puede ayudar. En menos de 200 pp. no se puede decir todo. Se podría reconocer más lo que hubo de deficiencia eclesial. Pero la justicia histórica pediría en este caso abundar más en las deficiencias de quienes la persiguieron. Se podría matizar que las beatificaciones y canonizaciones no acusan a los asesinos sino exaltan la fe de los mártires. Pero en estas pocas páginas se han dicho muchas cosas útiles y claras.—RAFAEL M.^a SANZ DE DIEGO, S.J.